

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1957

Núm. 1057

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

¿SEPARACIÓN?

I

LA anciana contemplaba a su hijo; sus pobres ojos, gastados por las vigili-
as y las lágrimas, se dilataban como si quisieran agrandarse para verle más y no saciarse nunca de contemplarlo, y al dulcísimo rayo que de ellos se escapaba, se unía esa expresión de respetuosa adoración con que el alma devota contempla un objeto sagrado; ¿cómo no, si aquel hijo que ella miraba con arrobamiento estaba revestido de un doble título que le agigantaba a sus ojos: era el hijo de sus entrañas, el consuelo y esperanza de su vejez, su tesoro en la tierra y desde hacía pocas horas ... jera nuevo ministro del Señor!

Y al verle revestido con las vestiduras, al ver destacar en su cabeza la sagrada tonsura volvía la vista atrás y recordaba a aquel hijo pequeñito, muy pequeño cuando en sus brazos lo llevaba a la Iglesia aprovechando la indignación de las vecinas cuando la decían:

—Pero, mujer, no lleve a esa criatura tan temprano a la Iglesia: va a constiparse.

—Déjenlo que al abrir los ojos lo primero que vea sea a Dios—respondía ella.

—Y los ojos del niño se acostumbraron a contemplar las grandezas de la religión; y su cristiana madre, a fuerza de privaciones, consiguió llevarle al Seminario; y pasados largos años de trabajos, de sacrificios, que Dios iba recogiendo para formar la más hermosa corona, aquella que María Santísima toma en sus manos y ante la que los ángeles se inclinan con respeto: la corona de los sacrificios maternales.

Llegó un día en que el joven recibió de manos del Prelado las Sagradas Órdenes, y la madre feliz, tan feliz que el exceso de su dicha le daba miedo, tomó entre las suyas trémulas la mano consagrada de su hijo y la llevó a sus labios con respeto infinito, con veneración ...

II

¡Qué pequeña era la buhardilla de la anciana! ¡Qué miserable!; apenas podía contener tanta dicha ...

Es verdad que aun el más inmenso palacio hubiera sido pequeño también. La buhardilla era muy pequeña, pero aquel día parecía reír; el sol había querido embellecerla con sus rayos más brillantes y

decoraba de oro y pedrería los vidrios de la ventana, los ángulos de los pobres muebles, entró a raudales por ella como una mirada amorosa del Omnipotente. La pobre casa estaba de fiesta; bien lo demostraba la cómoda, cubierta de planchado mantellillo más blanco que la nieve, y adornada de frescas flores que rodean un cuadro del Sagrado Corazón, muy pequeño, muy humilde, pero de inestimable valor para la anciana por habérselo dado en la Guardia de Honor, y ante el que lucía una lamparita.

La buhardilla, silenciosa y solitaria de ordinario rebotaba de gente; todos los amigos, la mayoría de las vecinas, dos o tres sacerdotes jóvenes, compañeros y amigos del nuevo ministro del altar. Todos rodeaban a la feliz madre que limpiaba a hurtadillas las lágrimas que surcaban su rostro. ¡Vaya que llorar en aquel día! ¡Y su alegría era tan grande ...! Aquel hijo que por la mañana viera consagrar por vez primera el Santísimo Cuerpo de Cristo, acababa de entronizar en su modesto hogar el Sagrado Corazón de Jesús.

Y tomando una silla, una de aquellas viejas sillas de Vitoria en que su madre tantas veces le meciera de pequeñito, la colocó en medio de la salita, frente al improvisado altar, y tomando a su madre de la mano con la veneración que se toma la de una Santa, la hizo sentar allí, y poniéndose en pie frente a ella, rodeado de todos los circunstantes que sentían latir sus corazones de la más pura emoción:

—Madre de mi alma—dijo con voz trémula al principio, pero que merced a un poderoso esfuerzo de su voluntad fué asegurándose hasta resonar clara y vibrante: ¡madre de mi alma!—En este hermosísimo día, el más hermoso de nuestra vida, quiero aquí, ante el Sagrado Corazón de Jesús a quien acabamos de proclamar Rey y Señor de esta casa, cumplir un sagrado deber de gratitud para con usted, mi buena y santa madre, a quien debo más que la vida material, a quien debo esta cristiana educación que me ha conducido hasta las mismas gradas del altar, porque después de Dios, a usted y sólo a usted madre mía, debo la santa, la suprema dicha de haber oído esta mañana de la sagrada boca de mi Prelado: «Lo que atares en la tierra, atado será en el Cielo, y lo que en la tie-

rra desatares, en el Cielo será desatado».
¿Cómo podré yo nunca pagar a usted semejante deuda...? Consagrándole mi vida entera aún no la pagaría; y, sin embargo, hoy que he llegado al logro de las esperanzas de tantos años, que he alcanzado esa cumbre bendita, sostenida a fuerza de heróicos sacrificios, de abnegaciones inapreciables, que sólo el corazón de una madre puede comprender, mi sagrado ministerio me reclama y me separa de usted ... Es decir, no nos separa porque hay una unión que allana las distancias, que desafía el tiempo: la unión de dos corazones en el Corazón Sacratísimo de Jesús.

La voz del joven sacerdote se veló ligeramente; su mirada se volvió al pequeño cuadro en que Jesús le mostraba su corazón llagado, rodeado de espinas, coronado por la cruz y despidiendo incendios de amor.

—Hoy—prosigió—al constituir Rey de este hogar al deífico Corazón, le dejo a usted, madre querida, en este pequeño cuadro, un tesoro. ¡Cuando usted le mire, cuando usted rece ante él, tenga la seguridad que dentro de ese marco ha quedado el corazón de este hijo que tanto la ama, tanto como la bendice por cuanto usted ha hecho por él; y cuando yo, allá donde Dios quiera llevarme, eleve todos los días al Dios tres veces santo entre mis manos, ofreceré a ese Dios a quien usted me ha enseñado amar, el corazón de mi madre.

El joven guardó silencio; su emoción fué más fuerte que él; cubrió a su madre con una mirada de infinito amor, y al verla bañada en lágrimas:

—Vamos—dijo tratandó de hacer su tono ligero—; no sigo porque vamos a acabar todos llorando. Termino, pues, diciendo: ¡Dios la bendiga, madre de mi alma...!

—Por tu mano, hijo mío, por tu mano—dijo la anciana fijando en él una mirada de inmenso amor, mientras con un ademán lleno de sencilla humanidad, sus rodillas se doblaron y su blanca cabeza se inclinó ante el ministro de Dios.

Este elevó al cielo sus ojos húmedos y su mano se alzó trazando en el aire la augusta señal de la cruz sobre la venerable cabeza de su madre.

Después la levantó entre sus brazos, y poniendo sus labios en su arrugada frente:

—Ya lo sabes, madre—dijo con voz serena—. Nunca pueden separarse los que están unidos en el Corazón de Cristo. ¿Qué importa la separación de los cuerpos? Lo que vale es la unión de las almas.

III

El sacerdote partió llevado por la obediencia a sus Superiores, que representaban la voluntad divina; la anciana quedó sola en su pobre buhardilla que ya no rebosaba de gente.

¿Sola? ... No. Cuando por la mañana sus fatigados ojos se abrían a la nueva luz que la mostraba un día menos de destierro, volvíase al Sagrado Corazón, a aquel pequeño cuadrado en que, ella lo creía porque su hijo así lo había dicho, quedaba su corazón siempre al lado de su madre.

Y cuando poco después se prosternaba ante el altar en la Iglesia vecina y adoraba al Dios oculto en los velos eucarísticos, sentía que su corazón, escapando de su pecho, volaba lejos, más allá de los mares, donde otro sacerdote, ¡el hijo de su alma!, la ofrecía al mismo Dios, igualmente oculto en las especies sacramentales, a aquel Dios, que si con su voluntad los separaba, los unía con su amor.

Julia García Herreros

¡Oh, las mujeres!

Las fichas del dominó chocaban furiosas contra el mármol de la mesa.

Los ternos saltaban redondos y con estrépito.

Por un seis doble armó una camorra, Por un cierre casi se pega con otro.

Alfonso el Pacífico se había convertido en Alfonso el Batallador.

—¿Pero qué mosca le había picado hoy a Benito que no hay quien le aguante?

—¿Qué mosca? ¡La peor de su especie! ¡Su mujer!

Ocho años de casados sin que la mosquita muerta dejase oír el más leve zumbido. ... Y a los ocho años. ... inesperadamente, traidoramente. ... ¡zas! una picadura. ... ¡Zas! ¡zas! ¡zas! Otra picadura y otra y otra. ...

Me explico perfectamente que se refugiase en el café, dando al diablo todas las mujeres.

* * *

Veréis con que finura lo hizo.

Acababa Benito de escamotear una señora ración de carne cocida con patatas nadando en una salsa color de chocolate, riquísima, cuando la mosquita muerta de su mujer le puso ante sus ojos una hojita impresa, al mismo tiempo que le decía:

—Esto han traído hace un momento para ti.

Y desapareció por el foro,

«Ejercicios espirituales para hombres, bajo la dirección de» ... Y seguía un título de letras muy gordas y una vibrante alocución de caracteres más pequeños.

—Benito la leyó de corrida y la volvió a echar sobre la mesa.

Su mujer entraba indifente, casi distraída, con el postre favorito; pero ella no tenía nada que hablar y se cayó.

Benito respiró y al cuarto de hora, terminado el postre, ya no se acordaba de la hojita.

* * *

Comida del día siguiente. A Benito se le van los ojos tras un delicioso bacalao a la vizcaína. ... ¡Más a punto! ...

—¿Sabes que me he encontrado en la carnicería con la mujer de Vicente?

—¡Bien! ¿Y qué?

—¡Que me ha dado un recadito para tí!

—Pues dímelo.

—Es que no me atrevo. ... Te vas a enfadar — le dijo con muchos colores a la cara.

¿Enfadarse con aquel bacalao a la vizcaína que tan campante iba bogando camino del estómago?

—Pues dice. ... dice. ... ¡vamos! que le agradecería mucho el que quisieras acompañar a su marido a los Ejercicios.

—Pues, oye, tú, ¿desde cuando necesita niñera su marido?

—Ves, ya te lo decía yo que te ibas a enfadar.

Si no es por tí. ... si es que. ... es que hay algunas pretensiones. ...

Y sin darle tiempo para más, se volvió ella a escurrir como una anguila.

Verdad es que tampoco el marido estaba para contestar con su boca llena de bacalao y chorreando tomate.

También entonces calló su mujer y Benito se llevó su ración de disgusto al café.

* * *

Hoy le ha tacado el turno a una ensalada de huevos con aceite y vinagre. ¡Estupendos!

El entusiasmo de Benito se desbordó. —¡Que no se te ocurra ponerte a tí en ensalada, porque te como!

—Vamos a verlo: ¿Qué respuesta doy a la mujer de Vicente, sobre aquello de los Ejercicios? ...

A Benito se le hincharon los carrillos. Más esta vez no fué la ensalada, sino de cólera.

—¡También es ocurrencia. ... ¿Pero quién le meterá en camisa de once varas? ¡Tendría que ver! ... ¡Mira le vas a decir que no puedo! ... que mis ocupaciones. ... que. ... ¡cualquier cosa!

—Pero, hombre, ¿tan imposible es lo que te pide? ¿Tienes miedo o qué?

—¿Tú también — exclamó Benito estallando

Y esto fué el día en que se refugió en el café dando al diablo a todas las mujeres.

* * *

A pique estuvo de hacerle daño la ensalada.

¿Los Ejercicios? ¡Cuidadito si le trajeron preocupado y de mal humor!

—¡Bueno, vas allá! ... ¡Te hablan, te convencen, eso es fijo! ... ¿por qué será que todo el que se mete, sale convencido? ¡Y nada, a llevar vida de fraile! deja el café, deja la tertulia, dejalo todo. ... y estate en casa como en la iglesia, como un beato. ... ¡Quita, quita! ¡Ni pensarlo! ... pero ...

¿Si tendría razón su mujercita? ¿Sería miedo?

Al anochecer, con mucha suavidad y como quien se apuraba, le dijo su mujer.

—¿Tampoco querrás acompañarme a encargar una misa para tu difunta madre, verdad? ¿A que no te habías acordado? ¡Mañana hace el año!

—¡Qué mujercita está! ¡que ha de estar en todo!

—¡Y qué remedio! ¡Como su marido no está en nada! ...

A la puerta de la iglesia alguien le advierte:

—Usted dispense, señora, pero no puede entrar. ...

—¿Yo? ¿pues cómo así?

—Es que hay Ejercicios para hombres. Benito botó, como si le hubiesen plantado banderillas en los nervios.

—Pero éste ya podrá entrar ¿verdad?

Anda, hombre, haz a tu mujer el favor de ir a la sacristía y dejar una limosna para una misa.

—Tardó en salir media hora larga.

—Dispensame, chica; pero estaba cerrada la puerta de la sacristía y he tenido que esperar media hora larga hasta que terminase el sermón. ...

—El qué — preguntó con tono picaresco la mujer.

Me parece, me parece, que la martingala de la misa. ...

Pierre L' Ermite

La Vara de José

En la aridez del barbecho de una tierra ya sin vida, una caña abandonada, solitaria se marchita.

Solo el cierzo del invierno, y aquella caña, proscrita, no se doblega a su fuerza ni en ella se debilita.

¡Cuántas varas como aquella, en la noche, en la infinita oscuridad del invierno perdieron sustancia y vida!

¡Y aquella vive y florece, oh flor de la maravilla, y su florecer presagio es de ventura y de dicha!

Es vara de castidades y en azucenas sencillas sus yemas secas rebrotan como estrellas matutinas.

¿Aquella tierra, qué tiene? ¿Y qué tiene en sí escondida aquella vara ya seca que en el barbacho se olvida?

Simiente de amor divino; José que la deposita, aturdido la recoge, que es de Dios una noticia.

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Se acercan ya los días en que el Hijo del Hombre va a ser sacrificado por todos.

Por aquellos mismos que le llevan y le arrastran hasta el Monte Calvario, va también a ofrecer su pasión y muerte. A todos quiere salvar. A los que allí estaban presentes, a los que vendrían después de ellos y por todas las generaciones sucesivas. Por todos iba a ser realizado el gran sacrificio de la Cruz de todo un Dios, creador de un cielo y tierra, lleno de amor a sus criaturas.

Silencio, humanos, el Hijo del Hombre comienza el camino de la Redención. Sigámosle atentos y saquemos el fruto inmenso de su sacrificio.

Hoy van mis palabras dirigidas a aquellos que viven ajenos a las verdades eternas.

Viven su vida, como si esa vida fuera eterna, como si ese modo de vivir fuera el fin, la meta, el objetivo principal del hombre en este mundo. Trabajar, disfrutar en lo posible de la vida, sacar adelante una familia, lograr ser algo en la sociedad en que vive, alcanzar míseros objetivos humanos, mezquinas ambiciones, pasajeros momentos de felicidad que pasan con la rapidez del tren, esperado muchas horas, y fugazmente detenido ante nosotros unos minutos nada más.

La vida de estos hombres tiene límites muy reducidos, ambiciones extrañas y circunstanciales, hoy quieren lo que ya no querrán mañana. Su vida espiritual no existe, la meditación de muchos porqués no entra en su imaginación materializada. Todo lo más pretenden cubrir con el arte las inquietudes de su alma, ciegas a la visión divina de la gracia.

El desprecio a la vida religiosa es una norma de su hombría, y no quieren darse cuenta de que la muerte, la otra vida, los problemas que plantea la existencia de un mundo más allá de la muerte, son problemas que existen y que hemos de resolver nosotros mismos, cada uno el suyo, pues queramos o no, los hechos ocurrirán, y un día, se precipitarán los acontecimientos de tal manera, que nos será difícil organizar nuestra alma, nuestra conciencia y adaptarla a la convicción de una existencia ultra terrena.

Cierto es que muchas indiferencias humanas no son como se presentan a nosotros. Tienen sus inquietudes, sus preocupaciones, sus dudas a veces, muy relativas; pues esas dudas son seguridades de que algo deben de resolver antes de que sea tarde. Los años les irán ayudando bastante a ver más clara la idea de Dios y de eternidad. ¿No lo estamos viendo con mucha frecuencia? No vemos al moribundo aceptar complacido la confesión y la comunión en un acto de adhesión plena a la hora suprema de la verdad que es la hora en que la muerte arranca la careta del indiferente y le hace presentarse cara a cara con el gran problema de su porvenir.

Pero eso es conveniente hacerlo a tiempo. El dolor, la enfermedad, la pena de la próxima separación, puede restar energías y facultades en esa hora suprema.

Todos los años la Cuaresma nos llama y no debemos de ser siempre sordos a su llamada.

El Hijo del Hombre comienza su sacrificio por nosotros.

Sigámosle.

Y su muerte y pasión la ofreció Dios por todos los hombres.

R.

3 MINUTOS de RELIGION EL RELOJ DE ARENA

Me han regalado un reloj de arena. Un general ha tenido la excelente bondad de regalarme un lindo reloj de arena de tres minutos justos.

Le he puesto en marcha y me he puesto a rezar al mismo tiempo, y en tres minutos he podido rezar: en el nombre del Padre ... un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, un Tedeum, Avemaría Stella. Acordaos, un Señor mío Jesucristo, Alma de Cristo, la oración por los agonizantes y ¡Oh!, Custodio y Padre de Virgenes, y mientras se descolgaban los últimos granos he dicho: Creo en vos, espero en vos, os amo, Dios mío, con todo mi corazón. Todo esto he podido rezar en tres minutos. Y no se pueden alargar; no está en nuestra mano hacer minutos más largos, ni horas más largas. Y así llegarán tus tres minutos últimos, y después de caer el último grano ya no podrás hacer nada para la eternidad. Hay que aprovecharlos, amigo, porque aunque estés distraído la arena cae ... y cae ... y sigue cayendo.

¿Son muchos y son pocos tres minutos? He estado tres minutos con un amigo y la arena ha corrido vertiginosa. He estado con un necio y parecía quieta ... oyendo la quinta sinfonía de Beethoven, tres minutos me parecieron uno; en cambio, escuchando un jazz-band horrrisono me ha parecido una hora larga y me he acordado de cuanta razón tenía San Pedro cuando decía que mil años junto al Señor son como un día. ¡Oh eterno día de la gloria sin reloj de arena!

Y yo pensaba: ¿Qué puedo hacer en estos tres minutos de Religión?

Puedo tal vez mucho. Puedo iluminar de Dios muchas mentes.

Puedo elevar a Dios muchas almas. Puedo sembrar evangelio en muchos corazones.

Puedo meter a Jesucristo en muchas casas.

Puedo tranquilizar y asegurar a muchos.

Puedo hacer bien a España. Tres minutos de Religión llevados

en alas de papel por toda España y leídos con atención por mis lectores pueden valer años enteros de bienaventuranza. Corred despacio, granitos de oro, para que siembre más; porque de oro sois granitos de arena, desde el momento en que equivaléis al tiempo. Mientras caen dos o tres de vosotros puedo salvarme o condenarme....

Dad a Dios un reloj de arena, quiero decir, tened vuestro reloj de arena para dar a Dios cada día el tiempo debido. Por lo menos tres minutos de consideración y compañía de Dios y de vosotros mismos. Soleis vivir ausentes de lo que más os importa. Vivid distraídos de Dios, distraídos de vosotros mismos.

Atendéis a vuestras máquinas, a vuestros campos a vuestros libros, a vuestros mostradores a vuestras sociedades y no atendéis a Dios, no os atendéis a vosotros mismos,

Y en el reloj de arena, los granitos bajando con su peso callado, «las horas del vivir os van hurtando».

¡Ojalá que todos los periódicos os llamen la atención a estos tres minutos!

Ojalá que su lectura os inspire:

Un día una oración.

Otro, un buen propósito.

Otro, una buena obra.

Otro, una conversación.

Y siempre un poco más hacia nuestro buen Señor y querido amor Jesucristo.

Remigio Vilarino, S. J.

Comentando

La nueva educación

La escena se desarrolla, en toda la integridad de su histórico contenido, en el lujoso comedor de una casa de gente adinerada. Es la hora de comer, ya pasada la realidad sabrosa de los primeros platos, y presididos por el padre, alma económica de todo aquel cotarro; asisten al ágape, la madre y sus dos hijitas, preciosos pimpollos de diez y seis y diez y siete florecidas primaveras. Todo es exquisitez en el ambiente, y parece convidar, ya que no a la participación en el deguste de los escogidos manjares, sí a la buena comprensión y al refinamiento de una educación esmerada. La doncella, avisa al señor de la casa mi presencia, y ante la intimidad que a todos ellos me une, no se me hace ante sala, y se me invita a pasar a sentarme en uno de los cómodos sillones que amueblan la pieza.

Entro. Nada de ceremonias ni de zalameas inútiles. La confianza concede ciertos fueros que disculpan las fórmulas corteses,

hasta cierto punto. No obstante la llaneza, siguiendo la buena costumbre que de mis padres y maestros aprendí en los inolvidables años de mi niñez y adolescencia, sonrío a los presentes, y antes de aceptar el asiento que se me ofrece, les saludo con un «buenas tardes» y un «buen provecho».

Y noto, sobre todo en las niñas, una sonrisita que se asoma a flor de labios, guasona y punzante, que hiere mi sensibilidad, y ante el reproche disimulado en una mueca del padre, y en una sonrisa disimulada y un cruce de miradas de la madre con sus hijas. Y me caigo en la cuenta de que metí la pata al ejercer los fueros de una educación hoy caduca y pasada de moda.

Las sonrisitas son contagiosas, y cada vez más difíciles de disimular por parte de las chicas y aún de su madre, y que cau-

san cada vez más atraganto y disgusto al pobre padre de familia.

Yo pasé uno de los mejores momentos de mi vida, al ver el sufrimiento espantoso de toda aquella buena gente, ridícula en su ingenua manera de aceptar las modernas normas de una llamada educación, que prescinde de todo aquello que siempre fué norma de la educación esmerada y gentil.

Quise salir al paso de tanto atraganto, y a la vez, dejar bien sentada mi protesta por la falta de comprensión y por la falta de... de... de eso que hasta ahora se llama educación y cortesía, que, incluso en los casos dudosos sabe disimular.

Y les dije:

—No os preocupar. Se situarme en todas las situaciones que parecen dudosas, y disimulo todo lo que de burla o ironía puedan tener esas sonrisas inofensivas por venir de quien vienen, y por significar más que una señal de mi catetismo al desear una buena digestión, una ignorancia de que la educación es invariable o poco menos. En fin, y resumiendo, que más deseo parece a los ojos de todos como anticuado que no perder en mi propia estimación.

Y seguimos en nuestro asunto como si tal cosa no hubiese sucedido.

HERO

“Religión y Patria”
Periódico de
propaganda católica

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

“La Versal”

La imprenta que no necesita
anunciarse.

Teléfono 23-31

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Orbués

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27

Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)